

TRABAJOS DE GRUPOS DE INVESTIGACIÓN

UNA REVISTA A *EL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO* DE SANDRA CARLI

LIC. NICOLÁS SEJAS¹

¹ Doctorando en Ciencia Política (UNSAM). Becario de la Agencia I+D+I

Reseña de Carli, Sandra. *El estudiante universitario: hacia una historia del presente de la educación pública*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1º Edición, 2012 (288 pág).

El Grupo de Investigación en Comunicación, Política y Juventudes del Centro Regional Santa Fe de la Universidad de Concepción del Uruguay es un espacio de producción, análisis y reflexión que combina aportes de la sociología, la ciencia política y la antropología para comprender y explicar las trayectorias académicas de jóvenes en la región litoral. El grupo se encuentra coordinado por el Dr. Juan Manuel Cozzi, e integrado por docentes-investigadores y estudiantes de la UCU. La reseña que presentamos a continuación constituye un insumo teórico para el Proyecto de Investigación y Desarrollo (PID) “Trayectorias de ingreso a la universidad y riesgo de desafiliación institucional en la cohorte 2022 de la Licenciatura en Nutrición y el Profesorado en Educación Superior de la Universidad de Concepción del Uruguay - Centro Regional Santa Fe”. Este estudio busca describir las experiencias estudiantiles durante el primer año de cursado, con especial atención a los factores que inciden en el riesgo de desafiliación institucional, un momento crítico en la trayectoria académica. Para profundizar este análisis, se retoman los aportes de la Dra. en Educación Sandra Carli, cuyas investigaciones contienen claves relevantes para comprender esta etapa.

Carli analizó las experiencias estudiantiles en la Universidad de Buenos Aires durante un periodo de profundas transformaciones institucionales a finales de los años noventa. Las similitudes con el contexto actual, marcado por el desfinanciamiento de la educación superior, justifican la revisión de su propuesta de análisis. Las reformas promovidas bajo el gobierno libertario de Javier Milei afectan tanto al sistema universitario público y privado como al científico y tecnológico, lo que exige nuevas interpretaciones sobre las transformaciones en curso. La educación superior en Argentina ha atravesado otros procesos de desmantelamiento que alteraron las dinámicas institucionales y los modos de habitar estas instituciones. Revisar los trabajos que han documentado estos procesos permite entonces recuperar herramientas teóricas valiosas para interpretar el presente. En este sentido, *El estudiante universitario* (2012) de Sandra Carli es un insumo fundamental para comprender los desafíos actuales.

En efecto, *El estudiante universitario* no carece de originalidad en su acercamiento a este universo empírico. El libro recopila y rescata la voz de los estudiantes, protagonistas indiscutibles del acontecer universitario. Concretamente, toma sus relatos de vida y se esfuerza por “comprender los aspectos nodales del devenir institucional, los procesos de identificación intra e intergeneracional y las dinámicas de producción y transmisión y apropiación del conocimiento en la Universidad” (p. 24). He aquí, entonces, el aporte fundamental de Sandra Carli: hacer una historia del presente de la

universidad pública desde la perspectiva de los estudiantes logrando visibilizar las fisuras que padeció la institución durante una etapa política, económica y socialmente crítica.

El libro tiene una introducción, ocho capítulos y un epílogo. En la introducción y los dos primeros capítulos, se sintetizan los aspectos fundamentales de la investigación –tema, preguntas, objetivos, hipótesis, unidades de análisis, marcos teóricos y estrategias metodológicas utilizadas–. Desde el capítulo tres al ocho inclusive, se exponen los hallazgos del trabajo de campo que ponen a prueba seis hipótesis distintas. Respecto al epílogo, éste opera como recapitulación y reconstrucción crítica de la actualidad de la educación pública argentina.

El objeto de estudio son las experiencias universitarias de los estudiantes de las Facultades de Filosofía y Letras y Ciencias Sociales de la UBA durante el período de crisis en Argentina, es decir, entre mediados de los 90 y la primera mitad de la década siguiente. La unidad de análisis son los estudiantes de las facultades mencionadas que hicieron su carrera durante dicho lapso. La pregunta de investigación es simple, pero abre un variopinto abanico de respuestas: ¿cómo experimentaron la vida universitaria los estudiantes de “Filo” y “Sociales” en ese período de crisis?

Este concepto –período de crisis– es una construcción de Carli para designar la etapa histórica que va desde los últimos años de la presidencia de Carlos Menem hasta los primeros años de Néstor Kirchner. La autora busca observar así los aspectos políticos vinculados con el devenir institucional universitario –particularmente de gestión pública–. Por eso, nuestro período de crisis registra procesos como la globalización de la educación superior, las políticas neoliberales en materia educativa, las transformaciones organizacionales de las universidades, la fragmentación identitaria y el cese de los mandatos ilustrados de la enseñanza moderna (p. 34).

En este sentido, una de las hipótesis centrales de Carli es que durante dicho período, los estudiantes desarrollaron tácticas (para ello retoma a De Certeau, [1996]) que les permitieron sortear las vicisitudes que esa crisis generó hacia el interior de una institución como la UBA. Las restantes hipótesis tienen que ver con las dimensiones en las cuales esas tácticas fueron desarrolladas. De esta forma, emergen seis tipos de experiencias: las experiencias de ingreso, las experiencias urbanas, las experiencias de conocimiento, las experiencias de sociabilidad, las experiencias militantes y, por último, las experiencias de egreso. Es decir, las hipótesis de Carli permiten rastrear todas las experiencias universitarias de una cohorte desde el inicio de sus estudios hasta el final; y, sobre todo, indagar cómo hicieron los estudiantes para iniciar, permanecer y terminar las carreras que eligieron –o sea, responder a la pregunta de por qué tuvieron éxito.

En cuanto a la justificación, Carli fundamenta que seleccionó las Facultades de “Filo” y “Sociales” debido al creciente “(...) interés por las ciencias humanas y sociales [que] parece[n] expresar [durante el] período de crisis no sólo la mayor valoración científica de estos campos de conocimiento, sino también la particular combinación entre la desestructuración del modelo productivo, los horizontes de desempleo en ciencias básicas durante los años noventa y la mayor libertad para las elecciones vocacionales ante el generalizado escenario de incertidumbre” (p. 64).

Respecto al marco teórico, Carli construyó un así llamado abordaje de fronteras (p. 31) y bajo un diseño híbrido de seis perspectivas que le permitieron trabajar integralmente (es decir, de manera “macro-micro”) el concepto de experiencia. Ellas fueron: el pragmatismo, la historia conceptual, la historia cultural marxista, el feminismo postestructuralista, los estudios culturales y la pedagogía. El resultado de su trabajo teórico fue un dispositivo metodológico que favoreció el rastreo de anacronismos –que no son sino las palabras de otras épocas que aún siguen operando en la construcción de relatos durante el presente–. Y así, mediante narrativas, Carli reveló en el imaginario estudiantil las representaciones de otros ciclos históricos de la universidad argentina y las múltiples memorias yuxtapuestas y combinadas en el efímero caleidoscopio del tiempo presente donde se encuentran las diferentes generaciones que conviven hacia el interior de culturas institucionales específicas. Esos hallazgos, se exponen desde el capítulo tres al ocho.

En el capítulo tres, La llegada a la UBA: ingreso irrestricto, tradición plebeya y tácticas estudiantiles, Carli toma como corpus aquellos fragmentos de los relatos donde se narra el pasaje entre la escuela y la universidad, que abarca la decisión de qué estudiar, dónde hacerlo y por qué. Es decir, el momento de la inscripción a la carrera y el primer año de cursado. Además, la autora reseña diferentes procesos socio-históricos que sirven para contextualizar dicho momento; entre ellos, la masificación de la universidad argentina, su caracterización como parte de una tradición plebeya manifestada en el ingreso irrestricto, la implementación de estrategias institucionales para dar respuestas a esa masificación y los conflictos suscitados por la promulgación de la Ley de Educación Superior. De este capítulo, por su parte, cabe destacar el primer uso empírico del concepto de tácticas (De Certau, 1996) entendido como una “acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio”, “maneras de hacer cotidianas, modos de operación o esquemas de acción que se sustraen a las redes de vigilancia”, “operaciones artesanales de los estudiantes frente a una institución pública” y “arte desplegado (...) como sujeto débil que logra apropiarse finalmente de la Universidad” (p. 77).

En el cuarto capítulo, titulado Los estudiantes en la ciudad: desplazamientos, itinerarios y hábitats, Carli explora “los desplazamientos diarios hacia la facultad”, su “barrio”, el “entorno” de ella y “las prácticas de apropiación del espacio urbano”; ob-

serva así, “las trayectorias de un habitante-estudiante que está allí en forma temporal y que se inserta en un hábitat institucional que es la facultad” (p.108-9). La autora, al respecto, considera que los itinerarios varían de acuerdo a la procedencia geográfica de los estudiantes y por eso los tipifica según si vienen del interior del país, del conurbano bonaerense o de Capital Federal. Además, el capítulo ofrece debates muy pertinentes para calibrar las especificidades de esta experiencia urbana estudiantil, concretamente, reseña las transformaciones sufridas por la ciudad durante los 90 e historiza las crisis edilicias de la UBA junto con la discusión en torno a los modelos de “campus universitario alejado del centro y universidad situada en el corazón de la ciudad” (p.105).

En el siguiente capítulo (Las experiencias de conocimiento: dimensiones subjetivas y contextos materiales) la autora describe las “instituciones, dispositivos, artefactos y prácticas” que median la relación con el conocimiento y los “procesos de fabricación e industrialización” de éste (p.138). Reconoce, también, sus usos y repasa los fenómenos asociados a la transmisión, recepción y circulación del mismo. Al respecto, dado su valor heurístico, resultan muy atractivos los conceptos habitus de lector universitario y disposición de lectura ético-práctica que la autora empleó para explicar la relación entre estudiantes y textos académicos (pp. 142-5). También es sugerente, la manera en que decidió estructurar su exposición permitiendo apreciar las variaciones en las experiencias de conocimiento según “las carreras y los campos disciplinares como universos simbólicos particulares” (p. 143).

Por su parte, en Sociabilidad estudiantil, figuras de la amistad e identificaciones políticas, Carli se propone “explorar las particularidades de la sociabilidad universitaria en el período de crisis, bajo la siguiente hipótesis: las formas de esta sociabilidad se configuraron en los límites de las instituciones y proveyeron un soporte frente a la debilidad estratégica de las facultades como ámbitos cada vez más desacralizados” (p.,167). La autora se pregunta cómo se establecieron los lazos entre pares durante el tiempo institucional que va desde el ingreso al egreso y rastrea “los alcances de la sociabilidad”, “las utopías comunitarias” y “los vínculos entre amistad y política”. Retoma, luego, parte de la tradición clásica iniciada con Simmel y utiliza sus formas para identificar la especificidad de ciertos fenómenos típicamente estudiantiles: la conversación, la reunión, el deambular, las salidas colectivas, las tomas universitarias y, por último, las fiestas (p. 170). Al respecto, vale la pena retener una afirmación de la autora para los interesados en futuras investigaciones: “centradas en el movimiento estudiantil, la amistad entre estudiantes quedó muchas veces invisibilizada como experiencia histórica” (p. 189).

El penúltimo capítulo, Memorias familiares de la crisis de 2001: clases sociales y activismo estudiantil, es el más denso en descripciones. Carli arma un gran corpus con fragmentos de relatos muy fuertes que ponen de relieve la experiencia de la caída –

por la pauperización de la clase media durante la década de los 90–, “los acontecimientos de diciembre”, las pugnas estudiantiles por la interpretación de los hechos y las características de su militancia. Los estudiantes hablan de punto de inflexión, de impasse, narran cómo muchos debieron ponerse al frente de sus familias dejando los estudios en segundo plano. La condición misma de estudiante estalló en crisis y con ella todo su horizonte de expectativas. En este sentido, con intenso realismo, Carli muestra las tácticas que emplearon los estudiantes para permanecer: la solidaridad gremial, el ingenio puesto en estrategias de estudio colectivo, los trueques. Las voces de estudiantes militantes son particularmente protagónicas en el capítulo: su activismo, los riesgos, las escenas vividas y los momentos de tensión. Pero Carli, también escucha las experiencias de aquellos que no participaron políticamente y padecieron luego ciertos estigmas: sus razones, miedos, el cruce de opiniones. En definitiva, un fresco de vivencias que invita a la comparación y el contraste con las experiencias en otras universidades.

En el último capítulo, Los horizontes de la graduación: ritos, creencias y balances, Carli se propone desencantar los actos de institución que atraviesan la experiencia del egreso. Hacia el final del libro, la autora describe a partir de una densa etnografía de las colaciones en la UBA y reflexiona con fina precisión disciplinar sobre el pasaje entre la categoría de estudiante a la de graduado universitario. Carli nos muestra relatos donde predomina la incertidumbre, el cálculo, los dilemas y la felicidad por el final de una etapa y la transición hacia otra, así como también las distintas sensibilidades que generó la demora en la carrera y el hecho de recibirse. Por último, en el balance general de los estudiantes entrevistados, se aprecia el peso y la contundencia que implicó el pasaje por la Universidad –vívida siempre como un “hito”, o un “punto de inflexión” o un “antes y un después”– que implicó aprendizajes sociales para toda la vida.

Hasta aquí, entonces, Sandra Carli nos presenta un trabajo teórico-metodológico fino, con vocación empírica, académicamente impecable. Propone una perspectiva novedosa para estudiar la historia y las culturas institucionales de forma plural, evidenciando la heterogeneidad de visiones desarrolladas en el marco de la dialéctica entre las expectativas estudiantiles y las experiencias universitarias. El estudiante universitario, en consecuencia, se convierte en una convincente invitación a dirigirnos “hacia una historia del presente de la educación pública” y una seductora cita, que mira con ojos inquietos de estudiante, la institución universitaria que marca a fuego de preguntas nuestras vocaciones e identidades. Mientras tanto, el contexto impone su revista, en tanto esa institución que hace veinticinco años atrás supo ser defendida por la movilización de sus claustros, otra vez remueve colectivamente su defensa pública.